

La presencia de la Iglesia

La parroquia y la asistencia religiosa a los enfermos P. Roberto Vesentini

Luces y sombras en las comunidades parroquiales

Si echamos un vistazo a la realidad de nuestras comunidades parroquiales, encontraremos algunas sombras:

- Se desconoce de manera profunda y adecuada la sensibilidad de Jesús hacia los que sufren; los fieles están más dispuestos a “dar” (materialmente, económicamente), que a acercarse y cuidar de los sufrimientos ajenos.
- Cuando los enfermos regresan a su casa después de la hospitalización (siempre más breve), encuentran grandes dificultades en ser acogidos, asistidos y acompañados hasta que la enfermedad evoluciona de forma crítica.
- Existe una especie de barrera entre familias con enfermos y parroquias: se manifiesta una especie de vergüenza en comunicar la presencia en el hogar de un ser querido enfermo.
- Hay pocas personas involucradas en las comunidades en la pastoral de la salud.
- Falta una preparación específica para sacerdotes y seglares en los asuntos de la pastoral de la salud. Por eso no se detectan las necesidades y los recursos presentes en los enfermos.
- Hay a menudo una mentalidad de delegación de la pastoral de la salud a los sacerdotes encargados de los hospitales y a los ministros extraordinarios de la comunión; los demás se sienten exentos de esta tarea.

Al mismo tiempo, se deben subrayar las luces que están presentes y que valoramos con la ayuda del Papa (*Evangelium Vitae*, no. 27): “¿Cómo no recordar, además, *todos estos gestos cotidianos de acogida, sacrificio y cuidado desinteresado* que un número incalculable de personas realiza con amor en las familias, hospitales, orfanatos, residencias de ancianos y en otros centros o comunidades, en defensa de la vida? La Iglesia, dejándose guiar por el ejemplo de Jesús «buen samaritano» (cf. *Lc* 10, 29-37) y sostenida por su fuerza, siempre ha estado en la primera línea de la caridad: tantos de sus hijos e hijas, especialmente religiosas y religiosos, con formas antiguas y siempre nuevas, han consagrado y continúan consagrandola su vida a Dios ofreciéndola por amor al prójimo más débil y necesitado”.

Dos ejes de atención

Nuestra reflexión, sin embargo, no se detiene a la crítica de lo negativo, ni en la ilusión que finalmente se está haciendo algo hermoso y bueno.

Nos atraen dos ejes: Jesús y los enfermos.

Jesús, utilizando las palabras del Salmo 80, nos diría: “Si ustedes me escucharan, si caminaran por mis caminos...”.

Estos son los caminos que nos señala Jesús:

- Encarnarse, es decir bajarnos, ponernos en fila con los pecadores, como Él hizo en su bautismo en el Jordán;
- Ver a los que sufren, acercarse a ellos (el leproso, el siervo del oficial romano, la suegra de Pedro, los endemoniados, el paralítico, la mujer afectada por hemorragias, la hija de Jairo, el mudo, el hombre de la mano seca, el ciego y mudo, la hija de la mujer cananea, los ciegos, la viuda de Naín, muchos otros enfermos y poseídos), probar la compasión, cuidarlos, consolarlos, cargar con sus penas, dejarnos involucrar, llegar a ser amigos de ellos, llorar, sanar, perdonar, salvar.
- Hacer nuestro su proyecto de felicidad y realización: las bienaventuranzas.
- Entrar en su misterio pascual: padecer, morir, dar nuestra vida y resucitar. Vivir la esperanza futura, que echa luz sobre el presente: “Cada vez que lo hicieron con uno de los hermanos míos pequeños, a mí me lo hicieron. Entren, benditos de mi Padre, en mi reino”.

Este es Jesús, el evangelio viviente, el reino de Dios que irrumpe en la historia.

El otro eje son los enfermos.

Una comunidad agarrada por la pasión evangelizadora y que sana de Dios, va en busca de sus ovejas heridas, carga con ellas, las conoce personalmente, las cuida, las veda, las escucha.

Estas atenciones para las personas enfermas, discapacitadas, enfermas mentalmente, no autosuficientes, solas, las probadas por el duelo, las deprimidas, las afectadas por diferentes formas de pobreza, son la parte de la comunidad que de una manera manifiesta o callada levantan su grito y este grito conmueve a Dios. Nos lo narra Éxodo 2,23-24: “Entonces Dios escuchó su lamentación, se recordó de su alianza, miró a su condición y se preocupó de ellos”.

Los enfermos mueven el corazón, desatan el amor – como nos dice el Papa -: un amor que jala, que agarra a la comunidad, que mira a la condición de quienes viven a su alrededor y se preocupa por ellas.

PERSPECTIVAS

Una comunidad que escucha la Palabra

Es la acogida de la Palabra de Dios que hace “cristiana” una comunidad. La Palabra, pues, nos asegura el contacto vivo con Jesucristo, Palabra del Padre. La Palabra nos comunica

cómo el amor del Padre ha alcanzado en Jesús las varias situaciones humanas, las ha purificado e iluminado, las ha abierto a nuevas posibilidades.

De la Palabra, una nueva luz entra en la vida, en la enfermedad, en el dolor, en la muerte, en el amor, en la familia, el trabajo y las relaciones.

Una comunidad fraterna

Yendo a la escuela de Jesús y de su evangelio, no se dice solamente sí a Dios, sino que se nos une a la comunidad, se hace familia. La fraternidad brota con relaciones renovadas, gratuitas, fuertes, duraderas y que contrastan con las relaciones frágiles, llenas de conflictos, o estancadas en simples relaciones de tipo consumista.

En una comunidad que intenta vivir esta tensión fraternal, podemos expresarnos así: “Miren como se vive en el interior de la comunidad cristiana; miren aquí: las heridas, las lágrimas, las pobrezas son más ligeras porque las compartimos, porque la ternura de Dios se convierte en hechos concretos a través de los corazones, mentes y manos de los creyentes”. Existe una oración, en el centro de la Eucaristía, pronunciada por quien preside en nombre de todos, una oración que es vida, concreción, caridad: “Que nos preocupemos de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres, y así les mostremos el camino la salvación” (Plegaria Eucarística V c).

Una comunidad itinerante

Una comunidad en marcha. No podemos pensar en una parroquia en una situación estática, sino itinerante, en camino, en movimiento. No podemos imaginar a Jesús estacionado en los locales de la notaría o de la parroquia. El primer capítulo del Evangelio según San Marcos, nos relata así las jornadas de Jesús: “Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua... a continuación, el Espíritu le empuja al desierto... marchó Jesús a Galilea... Bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y Andrés... Jesús les dijo: «Vengan conmigo...» Al instante, dejando las redes, le siguieron. Caminando un poco más adelante... Y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron tras él. Llegan a Cafarnaún. Al llegar el sábado, entró en la sinagoga... Cuando salió de la sinagoga, se fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés.... De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración... Él les dice: «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido.» Y recorrió toda Galilea...”.

Vivir el Evangelio es seguir a Jesús, es salir de nosotros mismos, de nuestras certezas, comodidades, cerrazones, egoísmos, para ir detrás de él.

La comunidad, entonces, se pone de pie para ir a los hogares a encontrar a la gente, es oídos para escuchar los gritos, es manos para tocar las miserias. El viaje es la característica de la comunidad “buena samaritana” que se acerca a los heridos y cuida de ellos. Es el verdadero

sentido de la peregrinación, expresado magistralmente y sintéticamente por San Pedro en los Hechos de los Apóstoles: “Él pasó haciendo el bien a todos” (10,38). Quien ha hecho una peregrinación con los enfermos, vuelve a su casa lleno de gozo porque se hizo disponible, ha vivido una intensa reciprocidad, se ha olvidado de sí mismo. De tal manera, la comunidad cristiana está en un continuo peregrinaje por las calles, las colonias, las carreteras, las casas de la parroquia para hacer brotar el amor de los que están sanos y de los que padecen.

Una comunidad “testigo” que anuncia

“Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito” (Jn 3,16). Dios Padre nos ama en Jesús: es la gozosa noticia que cambia la vida, llena de gozo, es el evangelio, la perla preciosa que para ganarla se vende todo, es el tesoro escondido en el campo por el que se hacen locuras a fin de poseerlo.

Anuncio maravilloso del cristianismo: Dios es amor. Omnipotencia, inmensidad de amor: un mensaje esplendoroso y visible. El amor tiene su origen en Dios, Él es el Amor que ha cavado un camino para podernos encontrar; este camino es Jesucristo quien dio su vida por nosotros, a fin de que el amor de Dios nos alcanzara y nos salvara, contagiándonos de su amor.

La Iglesia es el camino que se prolonga en el tiempo y en la historia para contagiar con el amor mismo de Dios.

Quisiera que estos pensamientos llegaran a ser realidad, que nos empujen a estar más cerca de quienes sufren, de sus familiares, y que llegaran a ser oración como nos sugiere la Plegaria eucarística V c: “Él manifiesta su amor para con los pobres y los enfermos, para con los pequeños y los pecadores. Él nunca permaneció indiferente ante el sufrimiento humano; su vida y su palabra son para nosotros la prueba de tu amor; como un padre siente ternura por sus hijos, así tú sientes ternura por tus fieles”.

Una comunidad auténtica

Hacerse partícipes de los sufrimientos: ésta es la autenticidad de una comunidad eclesial. Cuando los discípulos de Juan Bautista se presentaron a Jesús para preguntarle si era el Mesías que estaban esperando o si debían esperar a otra persona, Él contestó: “Vuelvan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos se despiertan, y una buena nueva llega a los pobres” (Lucas 7, 21-22). La autenticidad de una comunidad cristiana, podría corresponder a las respuestas contenidas en la página del juicio final: Vayan a decir que se visita a cada enfermo, se le brindan respuestas según sus necesidades físicas, psicológicas, relacionales, afectivas, espirituales, religiosas; se acoge a cada discapacitado, se le valora como sujeto de amor, en su preciosidad y significatividad; cada allegado quien vive el sufrimiento en su hogar, recibe atención, alivio, solidaridad; cada persona no-autosuficiente, cada enfermo de demencia, cada enfermo de Alzheimer recibe respeto y cuidado; cada persona sola tiene

compañía; a quien vive el tiempo del luto se le prende una fogata; se escucha y ama a quien vive desesperado, angustiado, deprimido. Cada sufrimiento es compartido.

La autenticidad se convierte en oración: “Danos ojos para ver las necesidades y los sufrimientos de nuestros hermanos; infunde en nosotros la luz de tu palabra para confortar los explotados y deprimidos; haz que nos comprometamos lealmente en el servicio de los pobres y los que sufren”.

Una comunidad abierta a los “débiles”

Una comunidad abierta a quien sufre, encuentra en el débil un criterio de su verdad. Una comunidad, si busca la eficiencia, difícilmente creará lugar para el enfermo, el limitado, el débil.

La comunidad parroquial, no es un conjunto de personas “fuertes”, es la suma de las riquezas de cada quien. Cada comunidad “auténtica” es fruto, también, de la coparticipación de la pobreza de todos. La comunidad es el conjunto de personas unidas no por las posesiones, las propiedades, no por un “más”, sino por un “menos”, una carencia. Pablo diría que la comunidad es el conjunto de personas unidas por una “deuda”, la deuda del amor recíproco (Rom 13,8); los miembros más débiles son los más necesarios (1 Cor 12,22). En nuestras comunidades no siempre a quienes sufren los honramos, ni los vemos como necesarios al *cuerpo*; a menudo los consideramos como insignificantes, meros objetos de caridad. Tal vez podemos cuidar de ellos, pero sin darnos cuenta que es ya una bendición estar a su lado. Ellos nos recuerdan que sólo quien es vulnerable, puede amar y dejarse amar.

Un escritor y filósofo francés, Emanuel Mounier, así escribía a su esposa, pensando en su hija gravemente discapacitada por encefalitis aguda: “Nuestra niña no es sólo una carne enferma, una vida dolorida, sino una blanca hostia pequeña, una inmensidad de misterio y de amor. Siento contigo mucho cansancio y mucha calma, mezclados junto, siento el amor de nuestra pequeña que nos transforma suavemente en ofrenda y nos transfigura. Es muy hermoso ser cristianos por el valor y el gozo que ser cristianos brinda al corazón, por la transfiguración del amor, del dolor, de la muerte. Se nos pide que custodiemos y adoremos a una hostia en medio de nosotros, a la persona divina bajo una carne martirizada. Con esta fe decimos sin duda nuestro sí”.